

## 6.7 Cultura.



Panorámica de una de las salas del TEA, que acoge la exposición 'Jardín satélite'. | NATALIA MORENO

# Paraísos en macetas

'Jardín satélite' nos hace reflexionar sobre la naturalidad de «lo natural» en una propuesta expositiva que trasciende paredes

NATALIA MORENO

Había una vez un conejo verde fluorescente que nunca salió a correr por el campo porque era un bicho raro. Fue en el año 2000 y el animal en cuestión había nacido como una obra de arte ideada por Eduardo Kac, padre del bioarte. Al conejo se le inculcó la proteína de una medusa y, en determinadas condiciones, brillaba en la oscuridad. El animal nunca salió del laboratorio ya que se le consideró un experimento, más que peligroso, controvertido aunque a Kac, reincidente, se le ocurrió, en 2012, introducir su propio ADN a una petunia a la que llamó, como hija suya que era, Edunia.

Me he acordado de esta historia que leí hace tiempo al visitar *Jardín satélite*, exposición comisariada por Gilberto González y Silvia Navarro —que puede verse en TEA hasta el próximo 26 de septiembre— y que hace máquina artística con otra de sus actuales muestras *Para que haya fiesta tiene que danzar el bosque*, —sobre la que Alba González escribe en estas mismas páginas— en una especie de dos en una ramificándose por buena parte de su espacio, rompiendo de forma simbólica y literal las paredes para que la visita sea envolvente: no sabes muy bien dónde estás, pero tampoco te importa. Un acierto que da dinamismo a las exposiciones, al igual que esta buena costumbre que está adquiriendo el centro de ir modificándolas con intervenciones puntuales de artistas o la sustitución de unas obras por otras, de manera que invita a revisitarlas y encontrar novedades.



Martín Howse, 'Earthcode' (2021). | NATALIA MORENO

Vuelvo. Lo que plantea *Jardín satélite* parte de la idea de que la Naturaleza, con solo ser nombrada deja de ser natural. El ser humano ya le ha puesto las manos encima. El conejo luminoso es antinatural pero una finca de plataneras, siento decirlo, también, y de esto es de lo que va esta exposición, una temática que parece ser de especial interés para TEA ya que no hace mucho, en *El sauce ve de cabeza la imagen de la garza*, se mostró un discurso similar al invitarnos a repensar el paisaje en este sentido.

Edward Goldsmith, fundador y editor de la revista *The Ecologist* acuñó el concepto de «segunda naturaleza» para plantear la idea de que existió una primera que ha desaparecido como espacio no humano, ha sido abolida y esto que llamamos «natural» es, definitiva-

mente, un constructo histórico, por tanto, contingente. El jardín es el máximo exponente de todo ello ya que constituye, al fin y al cabo, una parcela de Naturaleza domesticada, una recreación en macetas de paraísos perdidos.

Destaco, como pieza estrella de la muestra, *Bruciare* (1971) un excelente trabajo de cine experimental de Marinella Pirelli. Nos sube a un tiiovivo de emociones complejas: desde un primer rechazo ante actos de tortura a hermosas flores pasamos a la vergüenza por no poder apartar los ojos ante la belleza de esta crueldad. Sutilmente nos introduce en un jardín con un ambiente tenso, cargado de cuestiones raciales, de clase y de género resumiendo, bellamente y en silencio, el estruendo social de finales de los 60. Mucho y bueno en

pocos minutos.

En la visita destaca la omnipresencia de *Orchid disorder* (2021) de Yosi Negrín, con sus raíces de orquídeas —una de las flores más comercializadas del mundo— diseminadas por varias estancias en una enrevesada y, literalmente, rompedora búsqueda de orígenes. Lamento decir que, por contraste con la pieza de Pirelli con la que comparte sala, su interesante propuesta pierde potencia y parece sobresalir a base de grandes dimensiones y brillo. Lo tenía francamente difícil.

En la sala contigua Martín Howse presenta *Earthcode* (2021) —una obra que definiría, para los amantes de las etiquetas, como pieza de *land art* al revés ¿*art land*?— en la que el artista realiza un despliegue tecnológico, muchos aparatos y cables, al que podemos dedicar un rato a buscarle sentido pero, opino, lo que resulta realmente interesante es el planteamiento de que el cultivo de cebada sea museable. Creo que la obra ofrece terreno abonado, además de para la cebada, para el debate acerca de la crisis epistemológica que, en definitiva, es de lo que trata *Jardín Satélite*.

Buena parte de otra sala es ocupada por el trabajo pictórico de Cristóbal Tabares que tiene como protagonista a Isolina, una digna representante de tantas mujeres que construyen un espacio a su medida en un jardín; un espacio tan, pero tan extraño que ocurre esto de que recibes lo que das; algo que fuera de esos verdes límites acontece rara vez porque, la vida, mi niño, es muy desagradecida. Desde lo frondoso de su patio parece estar recomendando a su nieto tener fundamento al salir por la puerta. Este consejo, muy de abuela canaria y tan dicho como desoído, se nos revela ahora con un sentido claro. El colombiano Carlos Fajardo escribió «algo se acaba y es el fundamento». Y es que, en un mundo donde la contingencia es su señal de identidad y el desdi-

PASA A LA PÁGINA SIGUIENTE >>



# Vivir en una cesta de huesos

La exposición 'Para que haya fiesta tiene que danzar el bosque' abarca Tenerife Espacio de las Artes (TEA) con un tejido continuo

ALBA GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Resuenan las palabras de Luisa Capetillo: «El único móvil que me impulsa a dar a la publicidad este tomo, es decir la verdad; la cual aun aquellos que están en mejores condiciones y con más talento para decirlo no lo hacen.»

Extraigo la cita de uno de sus libros, apilados sobre una mesa en *Para que haya fiesta tiene que danzar el bosque*, la exposición al cuidado de Michy Marxuach que se muestra en TEA hasta el 26 de septiembre.

«Esto implica [...] vulnerabilidad y provoca inseguridad. [...] Esto que comparto lo hago con pasión y compromiso, en forma nerviosa pero generosa», dice un papel amarillo, metros más allá. Y son estas palabras de la curadora, que bien podrían ser continuación de las de Capetillo, las que amansan mi impaciencia inicial ante el mar de textos desordenados y contradictorios de la que, diría, es la primera sala. Con estructura y coherencia solo se pueden hablar trivialidades.

Sobre mi cabeza cuelgan entremezcladas decenas de intervenciones en papel de tantas otras artistas. Con pinzas, de varias cuerdas, tendidas como prendas que necesitan airearse. En una mesa, ranas de papiroflexia. En otra, una vitrina sobre una caracola, pequeña como una moneda.

Ecofeminismo, tierra, brujería, y un imperativo contradictorio: «Cuidar, no dominar» —que extraigo de una ilustración de Diego del Pozo Barriuso. He aquí el nudo de una exposición que sucede en el entresijo: en los cantos de Cecilia Vicuña que se cuelan de entre los libros de la biblioteca; en la alfombra de enea con la

que Jorge González interrumpe la dureza del suelo; en las cortinas con las que Carla Zaccagnini cubre las paredes de esos pasillos estrechos, usualmente vetados al público, para luego entrometerse en El Rectángulo —espacio de danza y *performance*— y cubrir las paredes con la pieza más ruidosa y monumental que encontraremos en toda la muestra: 29 espacios en blanco.

Hachas, cuchillos y mazas, fueron las herramientas con las que las sufragistas atacaron las 29 obras. Muy diferentes de las baquetas y palos cubiertos de fieltro con las que Florian Dombois golpea, sin daño perceptible, obras de la colección de TEA. No es extraño precisar de cinco altavoces para percibir el ruido mínimo del acto.

Las historias de palos, lanzas, flechas, espadas; las historias de cosas largas y duras, pueden hacer mucho ruido, pero, si lo piensas bien, el primer invento del ser humano debió ser un recipiente. Parafraseo aquí a Ursula K. Le Guin, citada por Dominique Ratton en *Viene de afuera y existe adentro*. Y mientras me sumerjo en la escucha de *L'Île Re-Sonante* —de Éliane Radigue, otra recomendación de Ratton— acunada por una de las tantas hamacas de la exposición, me viene a la mente una cita de Allan Kaprow: «vivir en el museo es como hacer el amor en un cementerio». Parece que he desarrollado, entonces, una nueva parafilia.

Abro los ojos, que no sabía que había cerrado, y salgo por una de las

cuatro puertas de la muestra. Puerta que me lleva al jardín, al *Jardín Satélite* del que Natalia Moreno escribe, acompañándome en estas páginas. «Tenemos que estar ahí fuera lo suficiente como para dejar de pensar en ello como el afuera», recuerdo a Cucú, protagonista del filme dirigido por Camila Marambio y Christy Gast. Y cuando confundo las dos exposiciones, separadas estas por poco más que aire, fantaseo que podemos conseguirlo.

Vuelvo a la biblioteca, y me mezo en otra hamaca, esta vez delante de *Las estatuas también mueren*. Hacer el

amor en un cementerio. Contradictorio, pero de ningún modo incompatible, mucho menos inusual. Pero, ¿morir en un cementerio? eso sí que es extraño. Así que, o bien el símil de Kaprow tiene sus flaquezas, o, como tantas otras cosas, vivir en el museo es, al tiempo, tan disparatado como normal. Interrumpe mi pensamiento el filme de Chris Marker y Alain Resnais: «Nosotros ponemos piedras sobre nuestros muertos para impedirles que salgan. El negro los mantiene cerca de sí, para honrarlos y beneficiarse de su poder, en una cesta llena de sus huesos.» Este museo podría ser una cesta.

**Exposición:** 'Para que haya fiesta tiene que danzar el bosque'. **Lugar:** Tenerife Espacio de las Artes (TEA). Santa Cruz de Tenerife. **Comisario:** Michy Marxuach. **Fecha:** Hasta el 26 de septiembre.

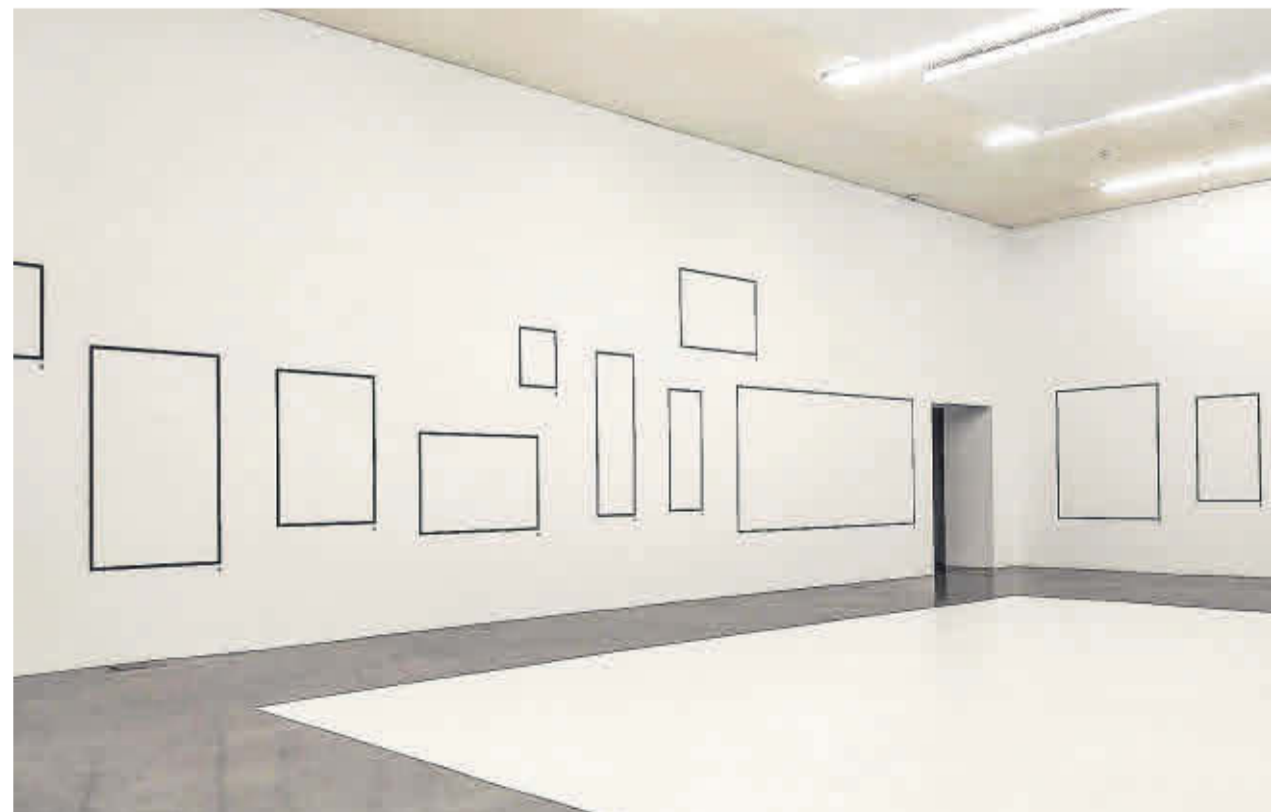
<< VIENE DE LA PÁGINA ANTERIOR

bujamiento de las líneas se considera una ganancia vivimos aéreos sobre el nihilismo alcanzado. Recomiendo mucho su artículo *Hacia un milenio que amenaza* que comienza cuestionando ¿qué no está amenazado por el próximo milenio?

Salpican la muestra jarrones elaborados por las monjas clarisas que, con virtuosas manos, crearon flores a partir de conchas marinas, restos de seres muertos. Estos trabajos refuerzan el discurso planteado ya que leo estas piezas como un caso de doble naturaleza muerta. Sin embargo, reconozco haberme dormido esa noche con otra matraquilla, la idea de que el devenir del gusto estético los hace parecer, hoy, artículos de bazar chino. Dicho en plata, feos. Aunque como el *mainstream* los pille, se agotan en cuatro días. Tema este para un texto jugoso sobre nuestro gusto actual, también desterritorializado.

Acabo retomando la historia del conejo fluorescente. Resultó que, en 2008, el Nobel de Química fue a parar a tres científicos por el descubrimiento y desarrollo de la proteína verde fluorescente GFP de la medusa «*aequorea victoria*». Sí, la misma que se usó para crear la obra de Kac. Pero, claro, esta vez para fines considerados útiles para el ser humano y no para chorradas artísticas que nos recuerden que hemos determinado la evolución de los seres vivos e inertes tras siglos de práctica especista y que, en realidad, al hablar de «lo natural» estamos diciendo nada. Sin duda, ya lo decía Hegel, al pensar el mundo, la filosofía suele llegar demasiado tarde.

**Exposición:** Jardín Satélite. **Artistas:** Marinella Pirelli, Yosi Negrín, Andrea Carrillo, Martín Llavaneras, Jonas Mekas, Samuel M. Delgado y Helena Girón, Álvaro Urbano, Martín Howse, Anónimas, Cristóbal Tabares y Michal Baror. **Lugar:** Tenerife Espacio de las Artes (TEA). Santa Cruz de Tenerife. **Fecha:** Hasta el 26 de septiembre.



'Elementos de belleza', Carla Zaccagnini. | ALBA GONZÁLEZ FERNÁNDEZ